

Un capítulo que resulta particularmente incluyente es el de Francesco de Martino, que trabaja el mito desde la simbología de su nacimiento, al que acompaña un apéndice de representaciones iconográficas del mito. Más específicos e igual de esclarecedores son los estudios de Morenilla sobre la *Helena* de Eurípides; de Bañuls y Crespo sobre la aproximación de Sófocles; de López Eire sobre Gorgias, o Aurora López sobre la poesía épica romana.

En conjunto, el estudio se inscribe en la línea de otras publicaciones realizadas por los grupos de investigación aquí implicados, que siempre ofrecen una perspectiva amplia y completa de la figura mítica objeto de su estudio. Recordemos, por ejemplo, los recientes trabajos sobre Medea, Fedra y Antígona, en los que el recorrido cumple también los caminos prometidos en la introducción de Silva y Fialho, desde la Antigüedad hasta hoy. Subrayamos en este sentido la importancia de trabajos sobre una disciplina, los estudios de recepción, que, aunque todavía jóvenes en España, están emergiendo con una fuerza pareja a la de otras geografías. La colaboración de diferentes universidades europeas en la elaboración y edición de estos dos volúmenes corrobora la necesidad de ampliar el horizonte de trabajo de estudios sobre tradición clásica que ya apuntase Lida de Malkiel en los años setenta.

Finalmente, destacamos el magnífico resultado del trabajo de los coordinadores del volumen no sólo en la elección de contenidos, sino también en la cuidada edición de imágenes y texto.

Laura Monrós Gaspar
Universitat d'Alacant — España



García Pérez, David. *Prometeo. El mito del héroe y del progreso*. México D. F.: Universidad Nacional Autónoma de México, 2006. 300 págs.

El mito como principio fundador de la cultura es una noción con innumerables connotaciones. Entre ellas se pueden destacar su ya

conocido antagonismo con la ciencia, en la medida en que el mito explica fenómenos de los que no se ocupa el método científico; su vínculo con la tradición religiosa y sagrada, y los múltiples significados que adquiere gracias a la lectura, interpretación y re-creación por parte de diversos autores. De este modo, y basándose en las características antes anotadas sobre el mito como discurso, el texto de David García es un análisis del mito de Prometeo desde su origen en los relatos hesiódicos hasta las versiones modernas y posmodernas, mediante la apelación a la mitografía, los métodos de la literatura comparada, la semiótica de los mitos y dos temas transversales: los conceptos de heroicidad y progreso.

El texto de García se divide en tres partes: una introducción sobre los fundamentos generales de la literatura comparada y la mitología, una segunda parte dedicada al mito de Prometeo en la Antigüedad griega clásica y, por último, un capítulo dedicado al héroe moderno y al héroe posmoderno, en donde se analizan y comparan las posturas del héroe prometeico de Gide y de Camus, en contraposición con los “superhéroes” de la posmodernidad: Batman, Superman y Terminator.

Las primeras versiones del relato prometeico se hallan, según García, en las narraciones de Hesíodo. En la *Teogonía* se narra en su totalidad la historia del titán, desde el momento en el que engaña a Zeus, durante el sacrificio ofrecido por los hombres a los dioses, hasta el instante en que es castigado a permanecer encadenado a una roca y sufrir el ataque de un águila que le devora el hígado. En *Los trabajos y los días*, por otro lado, el poeta beocio da mayor énfasis al sufrimiento de los hombres a causa de Pandora y su jarrón de males, venganza del Cronida por el robo del fuego por parte de Prometeo (la primera sanción de Zeus, y que aparece en la *Teogonía*, es el vedarle este elemento a los hombres debido a la trampa del sacrificio).

No obstante, y de acuerdo con el método comparativo del cual se sirve García, las composiciones hesiódicas tienen varios puntos en común con uno de sus antecedentes: la tradición mesopotámica presente en los textos *Atrahasis* y *Enuma Elish*. En el primero de estos textos aparecen los personajes de Enki y Ninmah como correlatos

de Hefesto y Atenea. La diferencia para el autor es que, mientras los primeros crean al hombre y a la mujer casi al tiempo, los segundos solamente crean a la mujer. Asimismo, la figura de Enki encarna la rebeldía respecto a los dioses al esconder los alimentos dedicados a Enlil, la deidad suprema, al igual que Prometeo, pues ambos son benefactores del género humano. De esta forma, la noción de progreso se asocia a esta tríada de personajes: Prometeo por brindar el fuego y la enseñanza de las artes a la humanidad, y la pareja Enki-Ninmah por organizar la nueva civilización en la antigua Mesopotamia.

Si bien Hesíodo es comparable a Homero como escritor, en la medida en que confiere una gran importancia a los dioses, dotando a Zeus y a los olímpicos de un carácter omnipresente, también otorga al Cronida otra característica: la omnisapiencia. Como asevera García, no se puede engañar la mente de Zeus porque él no es solamente un dios todopoderoso, sino que además encarna la justicia que permite el equilibrio del cosmos. En este sentido, Prometeo se convierte para Hesíodo en un *hybristés* al desafiar los designios de la deidad suprema del Olimpo. En contraposición, Esquilo percibe que el nuevo orden teogónico establece reglas de convivencia difíciles de aceptar al hacer de Zeus un tirano, aspecto que se enfrenta a la democracia emergente en la época del tragediógrafo. De esta forma, García se preocupa por comparar y registrar las diferencias entre la concepción de progreso que señalaría Hesíodo y la forma en que Esquilo vincula libertad y progreso. Si, para Hesíodo, el progreso se halla en el respeto que el hombre debe profesar a la justicia, para Esquilo reside en el momento en que los hombres alcanzan su libertad, pues ésta última se ejemplifica en la característica de un héroe cultural como Prometeo: la posibilidad de elegir entre ser el protector de los hombres o contar con el favor de los dioses.

Con el surgimiento de la filosofía, Platón, en el diálogo denominado *Protágoras*, esboza la visión sofista sobre la división de la técnica política y las demás técnicas especializadas. La *techné politiké*, según el diálogo platónico, se convierte en el factor que posibilita el progreso al permitir la supervivencia y la sana convivencia entre los

hombres, lo cual conllevaría también a un mejoramiento de la vida misma. El problema, tal como lo percibe García, es que en esta versión no hay un gran desarrollo del concepto de héroe, ya que el mito de Prometeo sirve, por un lado, para explicar los conceptos platónicos de *aidós* y *diké*, y, por otro, para resaltar, como lo hace Protágoras, que el fuego pasa a un segundo término porque es un elemento de mera supervivencia que no tendría utilidad si el hombre no hubiese aprendido a vivir con sus semejantes. Sin embargo, la apelación a la historia del titán también sirve para caracterizar los conceptos de *Physis* —estado de la naturaleza— y de *Nómos* —violencia artificial ejercida para eliminar la violencia natural que enfrenta a unos individuos con otros. Epimeteo encarnaría, para el autor mexicano, el primero de estos conceptos, mientras que Prometeo, Hermes y Zeus representarían el segundo.

El último autor antiguo que analiza García es el único que no es griego. Luciano de Samosata es un escritor que, pese a ser romano, sigue el aticismo de su época. Se trata, entonces, de un autor que escribe un diálogo basado en los ejercicios retóricos que se acostumbraban en las escuelas de oratoria, pero con un estilo cercano al pastiche, que emula los clásicos griegos aunque con un sentido propio. Así, Luciano elabora la defensa de Prometeo ante un Hermes que es percibido como el representante de Zeus. Entre los argumentos que esgrime el titán se hallan la desproporción en la dimensión del castigo (la broma gastada a Zeus recibe una punición exagerada); la necesidad de la existencia del hombre porque mediante su progreso construyen altares y realizan sacrificios a las deidades, y, finalmente, la idea de que el hurto del fuego no debe recibir este calificativo, porque un robo implica que lo sustraído se agote.

En contraposición a las versiones antiguas, García observa que el héroe moderno que presenta Gide en su *Le Prométhée mal enchaîné* no se limita al planteamiento del problema de la libertad, como sucede con la tragedia de Esquilo, sino que se atiene en un grado mayor al problema de la conciencia, el cual puede tener dos connotaciones: en el sentido judeocristiano y como motor de la civilización, en tanto

que proporciona leyes de convivencia para los hombres. De esta forma, García compara las diferentes nociones de conciencia en relación al castigo de Prometeo y observa que, mientras en Hesíodo la tortura física (el águila que devora el hígado del titán) es equivalente al trabajo que debe desarrollar el hombre para obtener su sustento, y en Esquilo representa el intento por destruir la razón moral y con ella la libertad, para Gide el ave de Zeus tiene otra simbología, pues es un signo que sirve como metáfora de la conciencia que martiriza a los hombres conduciendo finalmente al dolor físico.

En la opinión del autor, la *sotie*, género medieval que ejerce la crítica de modo irónico y que Gide reelabora, es relacionable en la interpretación moderna del autor francés con el teatro de Beckett y Ionesco, en la medida en que al sujeto le son presentados problemas de forma aparentemente absurda y sin solución evidente. Así, en la lectura e interpretación de García, el acto gratuito aparece como un hecho que nace de la contingencia y que no tiene una causa ni una razón aparente, pero que conduce a que la conciencia torture al individuo. Tal es el caso de Damocles —uno de los personajes de la *sotie* que, junto con Cocles, es visto como heredero de la torpeza de Epimeteo—, quien recibe quinientos francos sin razón alguna y muere atormentado al no hallar la justificación de semejante regalo. Esta situación sirve para que Gide ejemplifique que una moral anquilosada ata al hombre a unas ideas que lo ciegan y esclavizan, impidiéndole ser libre. Así, García puede concluir tras su lectura del escritor francés que si el progreso que supone la razón y la libertad no es más que una utopía, es porque al establecerse una norma de vida —la política o la moral— la noción de progreso da cabida a que se legitime la dominación entre los hombres.

Una de las características que, para el autor mexicano, hacen del titán un héroe en el sentido estricto de la palabra es que conoce y entiende su especie. Prometeo puede romper las cadenas que lo atan a esa moral estrecha que el hombre ha creado para justificar los límites de su libertad, y lo hace luego de relatar la historia de Tí tiro durante el entierro de Damocles. De este modo, luego de reconocer

que Títilo halla la felicidad cuando conoce a Ángela, quien lo distrae de su esclavitud al servicio de la Idea, Prometeo decide no alimentar al águila tras percibir que su conciencia era la que lo enlazaba a su obsesión con el castigo impuesto por Zeus. El suplicio cesa, entonces, y el héroe queda libre de cualquier lastre moral o físico.

A diferencia del análisis de García de *Le Prométhée mal enchaîné*, el Prometeo del ensayo *L'homme révolté* de Camus no reviste elementos restrictivos de orden moral ni el problema de la libertad. El autor de origen argelino observa en el titán al héroe por antonomasia y al primer rebelde, ya que conoce de antemano hasta qué punto pueden llegar sus actos, lo cual lo diferencia de un revolucionario cualquiera. Mientras el rebelde se mueve por la realización de un acto metafísico, el revolucionario lleva a cabo su tarea mediante el crimen. No obstante, el héroe que propone Camus, según García, es utópico, pues asume su rol de forma íntegra cuando intenta salvar a los hombres mediante el conocimiento que le proporciona su conciencia y al enseñarles el sistema de su rebeldía, pero también lo es al constituirse como un ser entregado a la rebelión y al sacrificio hasta la muerte.

Aunque la delimitación elaborada por García entre el mundo greco-latino y el tiempo moderno era establecida de acuerdo a las diferencias entre las ideas de héroe y progreso presentadas por los autores que representaban ambos momentos, no sucede lo mismo a la hora de delimitar la modernidad y la posmodernidad. García señala, por ejemplo, que el siglo xx es una etapa de transición entre estos dos momentos que se caracteriza por el reciclamiento de la cultura. Esta última idea, proveniente de *Los hijos del limo* de Octavio Paz, es ilustrada mediante el reciclaje mismo de los cómics que nacieron entre la Primera y la Segunda Guerra Mundial, y que se adaptaron a los nuevos tiempos mostrando a héroes que poco o nada tenían que ver con el héroe moderno que propone Camus o con el personaje formulado desde la Antigüedad clásica. Antes bien, el personaje de las historietas parece estar desprovisto de un significado al convertirse en una simple máscara.

El mito posmoderno es, dice García, un discurso vacío: el héroe no es aquél que cumple con su destino y que representa un vehículo de

enseñanza y de transmisión de una cultura de vida, sino el personaje que encarna la sumisión a un *statu quo* corrupto como el sistema democrático de Estados Unidos. Visto de esta manera, el ejercicio de la libertad que se percibía tras el Prometeo de Esquilo, Gide y Camus se reduce, en *comics* como Superman, al resguardo de una “independencia” supuestamente garantizada por el sistema de gobierno, pero que traduce para el espectador un elemento en el cual puede depositar su confianza. Así, la sociedad prefiere engañarse a enfrentar una realidad cimentada en el horror y el crimen.

La última reinterpretación del mito de Prometeo que aborda David García es la retratada en la saga de filmes titulados *Terminator*. El nexo que García encuentra entre Prometeo y Terminator es la presencia de una máquina antropomórfica que ayuda a la humanidad a huir de su propio destino. Esta historia, llena de viajes en el tiempo y de desarrollos tecnológicos impresionantes, atrae la atención del autor al enunciar, según él, una paradoja: los personajes luchan contra las máquinas del futuro sin hacer nada por rescatar el presente, y además continúan con la vacuidad que simboliza el hecho de que el hombre no sea protagonista, sino que lo es un objeto que se mimetiza con él.

Pese a que el texto de David García intenta realizar un recorrido por algunas de las lecturas y reinterpretaciones dadas al relato prometeico, olvida sin justificación la importancia del mito sobre el titán en corrientes como la romántica, sin contar que no presenta ninguna alusión a lo sucedido con el mito desde los siglos II a. C. (período en que se data la vida y obra de Luciano de Samosata) hasta el final del siglo XIX (*Le Prométhée mal enchaîné* de Gide es de 1899). Sin embargo, no por ello deja de ser un texto interesante y valioso en la medida en que subraya la importancia del mundo helénico y sus mitos para la cultura occidental, apelando a la trascendencia del discurso mítico como fundador de la cultura y como un área de conocimiento.

Mariana Sierra Aponte

Universidad Nacional de Colombia — Bogotá